

NUEVO SIGLO

El encarguito

Entiéndese por *encarguito* cualquier objeto que viaja entre dos personas que se quieren, a cambio de que una tercera las aborrezca para siempre.

Costumbre acendrada y uso inextricable de la confusión mexicana sobre los usos del afecto, el *encarguito* –cosa y mensaje, objeto y símbolo– es una elaborada forma de la pesadilla. Quien enjareta un *encarguito* desdeña a las compañías especializadas en favor de un *amateur* incompetente, maniatado por parentesco o amistad. En lo que al *amateur* concierne, es un afecto infectado de sadismo. Pero en fin. No es lo mismo que la prima Flauberta reciba su póster tamaño natural de Juan Gabriel por DHL, a que lo reciba de una mano cordial que con todo gusto la ahorcaría.

El fenómeno *encarguito* requiere de por lo menos tres participantes: la persona que lo envía (llamada el *encarguitante*), la que deberá recibirlo (el *encarguitado*), y la que lo traslada (el *encarguitario* o, más sinceramente, el *pendejo*). Basta con que se corra la voz (“Fulano se va a París. Encárgale algo. Es muy buena gente ese pendejo”), para que todo viajero confirmado se convierta en *encarguitario* potencial.

Una vez enterado, el encarguitante urde su tortura. Imposible desaprovechar la oportunidad de perjudicar a un prójimo y, de pasada, hacerle llegar al pariente un litro del chilpachole que tanto extraña. La elección del objeto a encarar cae dentro de lo que en teoría de la mexicanidad se conoce como “ocurrencia”, fenómeno que consiste en aplicarse con ingenio a la minuciosa confección de un disparte.

Tomada la decisión, el encarguitante busca al viajero. No tarda en sacar el tema de su ser querido, quien mucho sufre en extranjera playa. El viajero se apercibe, en ese instante, de que se inicia su inevitable mutación en *pendejo*. Entre la charla melosa, el encarguitante desliza entonces las frases insinuantes de rigor: *Ab, pero ¿vas a París?*; solicitantes: *¿Te podría hacer un encarguito?* y atenuantes: *es una cosita de nada*, o sólo un *detallito*, o bien, *una cosa urgente*.

El *pendejo* se muestra atento a estas expresiones y las sopesa de prisa, aterrorizado y sin perder la cortesía. La experiencia le indica que *cosita de nada* alude a la categoría “comida vernácula”; *detallito* es siempre un calendario azteca verde de Tlaquepaque; *cosa urgente* es un objeto preciado para la familia (por ejemplo las cenizas del tío Anatolio, que deseó fuesen esparcidas dentro del Moulin Rouge).

Si el viajero acepta convertirse en *pendejo*, recibe las frases de agradecimiento: *no sabes cuánto te lo agradezco*, o bien: *no sabes cuánto te lo voy a agradecer*. Atención: la elección del tiempo verbal obedece a la relación peso / volumen del encargo. De este modo, *te agradezco* desplaza de medio litro para arriba, mientras que *te lo voy a agradecer* mide un mínimo de un metro. (Si se antepone *deveras* a cualquiera de las anteriores, multiplíquese por dos; *deveritas*, por tres.) Para terminar, llega la remachante frase que cierra el contrato: *¿Estás seguro de que no es mucha lata?*, que traducida al castellano significa: *Ya te fregué y lo sabes, y además sabes que yo lo sé, y no puedes hacer nada, por pendejo*.

Momento fascinante ese de introducir a la cabina del avión el gobelino que representa “La Noche Triste” que adornó por generaciones la sala de la tía Zenaida. Más fascinante aún es cuando al cruzar la aduana, luego de ser detenido por su palpable nerviosismo, el *pendejo* se encuentra en el singular trance de tener que explicarle a un agente aduanal francés qué son los escamoles. *Et dans votre culture, monsieur, avez-vous l'habitude de voyager par le monde avec votre collection des œufs de fourmis?* El silencio que sigue le augura a los escamoles una larga vida en calidad de *sans papiers*.

El viaje del *encarguito* culmina con su entrega. Las instrucciones comienzan siempre con la misma frase: “No hay problema. Llegando llamas a Honorato al teléfono tal. Escucharás la grabadora. A la señal, dices en voz baja esto: *Ya llegó el que andaba ausente*. Él se encarga de *contactarte*”. O bien: “No hay problema. Mi hijito Óscar Erick te va a buscar el martes a las nueve de la noche bajo los güevos del caballo de Carlomagno en el atrio de Notre Dame.”

Honorato llega y se va de prisa, de reojo, con su “bote de talco Johnson & Johnson que no se consigue en París”. Erick Óscar nos cae inmediatamente gordo. Se repasa la mutua relación con el encarguitante que culmina en el falso acuerdo: “Es muy buena gente”. Después, un silencio embarazoso. Luego se dice que hace mucho frío. Se mira el reloj. Se intercambian gracias y denadas. La operación ha concluido.

Mientras el *pendejo* camina hacia el metro, mira a Erick Óscar abrir el paquete allá a lo lejos y dirigirse de inmediato al basurero más cercano. El *pendejo* regresa a casa, resignado. Su ropa olerá a enchiladas potosinas a lo largo de todo el invierno. —